

Perfil de un asesino

[Loretta Napoleoni](#)

Abú Musab Al Zarqawi es el hombre más buscado de Irak. ¿Cómo pudo un jordano que no acabó el bachillerato maniatar a EE UU en su conflicto más sangriento desde Vietnam? De los barrios pobres de Jordania hasta la batalla de Faluya, así es cómo ocurrió.



La primera vez que el mundo oyó hablar de Abú Musab Al Zarqawi fue el 5 de febrero de 2003. Ese día el secretario de Estado de EE UU, Colin Powell, acudió a Naciones Unidas a explicar las razones para justificar la invasión de Irak. "Este país alberga en la actualidad una red terrorista letal, encabezada por Abú Musab Al Zarqawi, un asociado y colaborador de Osama Bin Laden y sus lugartenientes de Al Qaeda", dijo ante el Consejo de Seguridad. Ahora sabemos que esa información era falsa, pero sirvió para crear uno de los mitos más poderosos y duraderos de la *guerra contra el terrorismo*.



El hecho de que los nombres de Al Zarqawi y Bin Laden se mencionaran en el mismo contexto, y que además lo hiciera un miembro de tan alto rango de la Administración, probablemente sorprendió al jordano más que a nadie. Al fin y al cabo, hay cientos de hombres como él en el mundo árabe, *yihadistas* comprometidos y con cierta inclinación a dirigir a otros. Nada parecía sugerir que se vería catapultado a los primeros puestos de los *rankings* de los terroristas más peligrosos del mundo. Sin formación universitaria y proveniente de una familia pobre de clase trabajadora, carecía del pedigrí, los contactos y la financiación que distinguían a Bin Laden y otros líderes de Al Qaeda.

Pero, por supuesto, Al Zarqawi ha dejado de ser un mero soldado. Desde Nueva York a Londres, de París a Tokio, se ha convertido en el nuevo rostro del terror islámico. Ha sustituido a Sadam como la encarnación del mal en el mundo árabe. Dirige un cuadro de insurgentes iraquíes que supuestamente han cometido muchos de los bárbaros ataques terroristas perpetrados en el país desde el derrocamiento del dictador. Con una recompensa de 25 millones de dólares (unos 20 millones de euros) por su captura pesando sobre su cabeza, este hombre, que no acabó el bachillerato y que creció en un barrio desfavorecido de Jordania, ha maniatado a EE UU en el conflicto más sangriento desde la guerra de Vietnam.

Pero ¿cómo se convirtió el mito en una realidad? Antes del 11-S la Administración estadounidense jamás había oído el nombre de Al Zarqawi. La primera vez que los funcionarios estadounidenses tuvieron noticia de su existencia fue a finales de 2001, a través del servicio secreto kurdo. Washington apenas sabía nada acerca de este jordano de 35 años, pero tenía mucho que ganar con la creación de un mito en torno a su persona. En aquel momento se acusaba al régimen de Sadam de poseer armas de destrucción masiva y de apoyar a grupos terroristas. Al no tener pruebas sólidas de lo primero, el apoyo del

dictador iraquí al terrorismo era la única opción que poseía la Administración Bush para convencer al mundo de que el tirano iraquí tenía que marcharse. Para jugar esa carta, la Casa Blanca necesitaba demostrar la existencia de un vínculo entre Sadam y Al Qaeda. Y su vínculo era Al Zarqawi.

Hoy las palabras de Powell ante el Consejo de Seguridad de la ONU parecen una profecía. Mientras que antaño Al Zarqawi era un joven islamista radical frustrado, la insurgencia que dirige ahora amenaza con sumir a Irak en la guerra civil. Sus victorias en las líneas del frente iraquí condujeron al establecimiento de un vínculo entre Irak y Al Qaeda, pero no el que la Administración Bush había imaginado. El 27 de diciembre de 2004, casi dos años después del discurso de Powell, Bin Laden nombró a Al Zarqawi emir de Al Qaeda en Irak. La trayectoria del jordano hasta alcanzar esta elevada posición en la poco rígida jerarquía de los terroristas no sólo revela la aceptación que el islamismo radical tiene entre los pobres del mundo árabe, sino también sugiere que la manera en que los terroristas hacen la guerra podría haber cambiado para siempre.

Durante su estancia en prisión, y quizá a causa de ella, comenzó la transición de Al Zarqawi de delincuente común a algo más siniestro

EL FORASTERO

Abú Musab Al Zarqawi nació Ahmed Fadil Al Jalailé en Zarqa, una ciudad jordana al norte de Ammán, en octubre de 1966, cuyos habitantes la han bautizado como "el Chicago de Oriente Medio" por la pobreza y la delincuencia que reinan en ella. Su familia pertenecía a una rama de los Bani Hassan, una gran tribu de beduinos leales a la familia real hachemí de Jordania. Al Zarqawi creció en un barrio pobre donde los valores tradicionales y tribales casaban mal con el consumismo y la rápida modernización de Occidente a finales de los 60. Sus profesores le recuerdan como un alumno rebelde e indisciplinado.

En casa, Al Zarqawi era respetuoso y muy querido. "Era la niña de los ojos de mi padre", recuerda una de sus hermanas. Su padre murió en 1984 y, a medida que la familia se hundía aún más en la pobreza, un Ahmed Fadil de 18 años empezó a dar rienda suelta

a sus frustraciones. Abandonó el instituto, se unió a una pandilla del barrio, empezó a beber y se convirtió en un matón.

Poco después fue arrestado por posesión de drogas y agresión sexual. La sentencia fue condenatoria y le encarcelaron.

En Zarqa, al igual que en todo Oriente Medio, los mundos de la delincuencia común y el islam revolucionario se entrecruzaban en los márgenes de la sociedad, sobre todo en la cárcel. Y fue en cautividad cuando Al Zarqai recibió su primer adoctrinamiento *yihadista*. Cuando fue puesto en libertad, se casó y comenzó a frecuentar la mezquita de Hussein Ben Alí, un hervidero de radicalismo situado en las afueras de su ciudad. Fascinado por las historias de los *muyahidines* (luchadores) que frecuentaban la mezquita, fue fácil que le reclutara un representante de la Oficina Árabe-Afgana, la organización islámica acusada de suministrar combatientes árabes para participar en la *yihad* antisoviética. Para Al Zarqai esto representaba subir un peldaño en la escala social. En Oriente Medio nadie quiere a un matón borracho, pero todo el mundo respeta a los *muyahidines*.

Sin embargo, sus esperanzas de unirse a esa hermandad resultaron ser otra amarga decepción. Llegó a Afganistán en la primavera de 1989, demasiado tarde para luchar contra el Ejército soviético, que había comenzado a retirarse hacía un año. Sin contactos ni nadie que respondiera de él, se sintió marginado entre los guerreros árabes. Es más, al lado de los combatientes endurecidos por la batalla, parecía un alma sensible. Como manifestación de su malestar, cambió temporalmente su nombre por el de Al Gharib (expresión árabe que significa "el forastero"). "Era una persona muy sencilla, normal, que buscaba la verdad a su manera", recuerda Hamdi Murad, un antiguo líder espiritual *muyahidin* y en la actualidad catedrático de Estudios Islámicos en la Universidad de Al-Balqa, en Jordania. "Jamás habría pensado que algún día podría convertirse en un dirigente militar".

Poco a poco, el jordano comenzó a tener sus propios contactos. Durante un periodo en el que trabajó como empleado de bajo rango en la Oficina Árabe-Afgana, cruzando la frontera en Peshawar, conoció e intimó con un distinguido pensador salafista radical, conocido como Abú Mohamed Al Maqdisi, un palestino que creció en Kuwait, donde estudió teología.

Se había trasladado a Afganistán en los 80 y, dado que pertenecía a la organización de los *combatientes*, comprendía su compleja política. Los dos hombres trabaron rápidamente una estrecha amistad que se prolongaría durante una década. Formaban una extraña pareja, recuerda un antiguo compañero de lucha. Maqdisi era alto, con el pelo claro y los ojos azules, un hombre que destacaba por su belleza. Al Zarqawi poseía todas las características físicas de su sangre beduina: era de estatura baja y tenía el pelo negro. El palestino le enseñó al jordano el pensamiento fundamentalista. "La ideología salafista es primordialmente un movimiento de ruptura violenta con el entorno", explica Nadine Picaudou, catedrática del Instituto Nacional de Lenguas y Civilizaciones Orientales en París. Y Al Zarqawi -un beduino de clase obrera, *muyahidin* fracasado e inadaptado social- era un hombre enfrentado a su entorno. A finales de 1993, ambos regresaron a Zarqa y comenzaron a predicar un credo revolucionario contra el régimen jordano. Algunos meses después, en marzo de 1994, fueron arrestados y condenados a 15 años de prisión por crear un grupo *yihadista* clandestino llamado Bayaat al Imam (traducido como "Jura de Lealtad").



Pequeñas victorias y grandes fracasos: marines de EE UU pasan frente a una pintada contra Al Zarqawi en Faluya, en 2005.

EL PRÍNCIPE DE LOS PRISIONEROS

Este segundo periodo de cautividad liberó el potencial interno de Al Zarqawi como no lo había hecho su estancia en Afganistán. En la cárcel, soportó torturas físicas y mentales. Pasó más de ocho meses incomunicado en el calor abrasador del desierto jordano dentro de una celda similar a una caseta de perro.

Su metamorfosis fue tanto física como mental. Los internos que cumplieron sentencia a la vez que él le recuerdan haciendo ejercicio constantemente, levantando cualquier cosa que pudiera utilizar como pesas, incluyendo cubos llenos de piedras. Perdió su delgada figura y adquirió un gran volumen. Este físico acompañaba a una fortaleza mental. "Quería aprenderse el sagrado Corán de memoria", recuerda Faiq al Shawish, un antiguo compañero de celda. "Yo le ayudaba. Me recitaba al menos 10 versículos al día. Era implacable cuando se trataba de la *yihad* y de aprender (...). Tenía paciencia para quedarse despierto toda la noche estudiando un solo asunto".

A diferencia de Al Maqdisi, que era un intelectual sofisticado, Al Zarqai actuaba por instinto. Durante su estancia en prisión, y quizá a causa de ella, comenzó la transición de delincuente común a algo más siniestro. Puede ser que los demás internos le respetaran porque sus orígenes también eran modestos. O quizá se debiera a la entereza que mostraba ante sus captores. Al igual que el jefe de una manada de lobos, era agresivo y bordeaba constantemente la confrontación física. "Era duro y difícil de manejar", admite Sami Al Majaali, antiguo jefe de la autoridad penitenciaria de Jordania. "Siempre teníamos mucho cuidado cuando nos aproximábamos a él, sobre todo porque era todo un líder, un príncipe, como le llamaban los internos. Cualquier negociación con los convictos tenía que hacerse a través suyo. Si él cooperaba, los otros le secundaban".

En la primavera de 1999, una amnistía nacional puso fin al encarcelamiento de Al Zarqai y Al Maqdisi. Según el cuñado del jordano, Salé Al Hami, "cuando salió de la cárcel no estaba contento. De algún modo, la vida en la prisión era mejor que la vida rutinaria, fácil y sin nada que hacer (...). Se moría por marcharse de su país". Meses después, abandonó Jordania rumbo a Pakistán, con la intención de entablar lazos con los *yihadistas* en Chechenia.



[Descargar](#)

[Imagen Ampliada](#)

LA CITA DE AL ZARQAUÍ Y BIN LADEN

Nunca llegó a Chechenia. Tras ser arrestado en Pakistán por tener un visado caducado, cruzó con reticencia hacia Afganistán, donde los talibanes se adentraban en el sexto año de lucha para arrebatarse el control total del país a la Alianza del Norte.

En algún momento en 2000, en la ciudad meridional de Kandahar, Al Zarquai conoció a Osama Bin Laden. Los dos hombres provenían de extremos opuestos: uno era rico y poderoso, el otro era un inadaptado social pobre. Sin embargo, compartían un objetivo común: la liberación de los musulmanes. El problema radicaba en lograr un acuerdo sobre la estrategia para conseguirlo. Bin Laden había estado toda su vida en contacto con la élite política de Arabia Saudí y tenía una visión global y antiimperialista de la *yihad*. Se concentraba en "el enemigo lejano", Estados Unidos, que respaldaba a regímenes musulmanes que él consideraba corruptos e ilegítimos. Al Zarquai, un *yihadista* de clase trabajadora curtido en las cárceles jordanas, era un *fuera de la ley* revolucionario. Su noción de la *yihad* se acercaba mucho más al terrorismo de los 70 y 80, personificado en grupos locales como el Ejército Republicano Irlandés o los Tigres de Liberación de la Tierra Tamil (LTTE) de Sri Lanka.

Ésta es una razón por la que, en contra de la creencia popular, Al Zarquai no juró lealtad a Bin Laden en aquella reunión, pese a que fue invitado a unirse a la red internacional de Al Qaeda. Su horizonte se limitaba a lo que él veía como regímenes árabes corruptos, sobre todo en su país natal. Algunos expertos encuentran poco plausible que alguien de tan bajo rango y sin respaldo financiero rechazara

la oferta del saudí. Pero quienes le conocen dicen que encaja perfectamente con su personalidad. "Nunca acataba las órdenes de otros", dice un antiguo miembro de su campamento en Herat. "Nunca le oí elogiar a nadie aparte del Profeta [Mahoma], ése era el carácter de Abú Musab. Nunca seguía a nadie".

El jordano no era el único que discrepaba de la visión antiamericana de la *yihad* de Bin Laden. Algunos líderes de Al Qaeda compartían sus preocupaciones, incluido Saif Al Adel, el jefe de las operaciones militares de la organización, quien alentó a Al Zarqawi para que estableciera un campo de entrenamiento terrorista independiente. Siguiendo sus consejos, éste se trasladó al noroeste de Afganistán, a Herat, cerca de la frontera iraní. En las colinas creó sus propias instalaciones con la financiación de los talibanes. Quería que en ese campamento se entrenara a hombres para realizar misiones suicidas en Jordania. El campamento se promocionó boca a boca. Muchos oyeron hablar de él en Jordania, conocían a gente que había contactado con Al Zarqawi y se incorporaron. A comienzos de 2002, después de la caída de los talibanes, huyó al Kurdistán iraquí, donde estableció más campos. Estaba anticipándose a una invasión estadounidense, y en el verano de 2002 dejó a un amigo de la infancia a cargo de los campamentos, viajó en secreto a Bagdad y comenzó a prepararse para la guerra.

**Casi de la noche a la mañana,
Al Zarqawi pasó de ser un desconocido en el mundo del terrorismo internacional a que su huella apareciera en atentados con bomba en todo el mundo**

EL MITO DE AL ZARQAWI

En el otoño de 2001, los servicios secretos kurdos fueron los primeros en dirigir la atención de los americanos hacia Al Zarqawi. Las autoridades estadounidenses no reconocían su nombre, pero se pusieron en contacto inmediatamente con las autoridades jordanas para hacer más averiguaciones.

Su lista de delitos se multiplicó de golpe. En noviembre de 2001, investigaciones conjuntas de Estados Unidos y Jordania le acusaron de ser parte del complot frustrado en este último país durante las celebraciones del milenio en 2000. En febrero de 2002 fue condenado por ello *in absentia* a 15 años

de prisión. También se le acusó de tener responsabilidad en los asesinatos de Yitzhak Snir, un ciudadano israelí, en 2001, y del diplomático estadounidense Laurence Foley, tiroteado en Ammán en 2002. Al no presentarse pruebas contundentes de estas acusaciones, muchos periodistas y observadores de Oriente Medio creyeron que al jordano le estaban tendiendo una trampa para incriminarle como un nuevo líder del terrorismo internacional: todo el mundo tenía mucho que ganar con el mito de Al Zarqawi. Los kurdos podían utilizarle para convencer a Washington de que bombardeara los campamentos *yihadistas* en el norte de Irak. Ammán podían utilizarle para *resolver* una serie de ataques terroristas llevados a cabo por militantes locales. Y los estadounidenses, que pretendían justificar un ataque a Irak, podían utilizar la sombría figura de Al Zarqawi para vincular al régimen de Sadam con la amenaza que representaba Al Qaeda.

El discurso de Powell en febrero de 2003 ante el Consejo de Seguridad puso por primera vez su nombre en el candelero. Prácticamente de la noche a la mañana, el militante jordano pasó de ser un desconocido en el mundo del terrorismo internacional a que su huella apareciera en atentados con bomba en todo el mundo. Se le vinculó a todos los grandes ataques terroristas posteriores al 11-S, incluida la planificación del establecimiento de células de Al Qaeda en España, Alemania y Turquía. Se le ha acusado de participar en los de Casablanca, Madrid, Ammán y otros similares.

Al margen de si participó en cualquiera de estos crímenes, una cosa es cierta: se estaba preparando para la batalla. "Es ingenuo pensar que mientras EE UU iniciaba sus preparativos para la guerra contra Irak, alguien como *Al Zarqawi* no estaba haciendo lo mismo para hacerles frente", señala el miembro de su campamento en Herat. "Había estado planeando esto desde hacía mucho tiempo". La planificación parece ser una de las mejores aptitudes de Al Zarqawi. Se abstuvo de llevar a cabo ataques en Irak hasta finales del verano de 2003, meses después de que hubiera comenzado la insurgencia chií. Según personas cercanas a Al Zarqawi, éste no quería involucrarse ni tampoco quería matar a estadounidenses durante la guerra. No podía competir con los aviones de combate, misiles y armas de alta tecnología de Washington.

De modo que esperó hasta que comenzó la ocupación y hasta que su red de apoyo entre la resistencia suní estuvo perfectamente establecida.

Su espera tocó a su fin con dos ataques en agosto de 2003: un camión que explotó en las oficinas de la ONU en Bagdad, y, días después, el padre de la segunda esposa del terrorista estampó un coche cargado de explosivos contra la mezquita del imam Alí. Al principio, los analistas occidentales no lograban establecer la conexión entre ambos ataques. Se creía que el conflicto en Irak era una lucha entre las fuerzas estadounidenses y sus aliados por una parte, y las milicias chiíes del clérigo Múqtada al Sáder y los leales a Sadam por otra. Pero los *yihadistas* comprendieron muy bien el simbolismo de los ataques. Para el jordano, el conflicto de Irak tenía dos frentes: uno era contra las fuerzas de la coalición, y el otro era contra los chiíes. Finalmente había logrado captar la definición de Bin Laden del enemigo lejano, EE UU. Su presencia en Irak como una potencia de ocupación le dejó claro que Washington era un objetivo tan importante como los regímenes árabes que había llegado a odiar.



La batalla por los corazones y la razón: carteles contra Al Zarqawi en las calles de Bagdad (2005).

LA 'BENDICIÓN' DE BIN LADEN

Entre agosto de 2003 y diciembre de 2004, Bin Laden y Al Zarqawi se escribieron con frecuencia. El intercambio de correspondencia se centró en los fundamentos de la *yihad*, según las cartas cuyo contenido se ha conocido

en los últimos meses. Al Zarqai estaba intentando obtener la bendición del líder de Al Qaeda para sus acciones en Irak. ¿Por qué, si antes había desdeñado la red, tenía ahora tanto interés en conseguir la aprobación de su líder? Al contrario que el retrato del jordano que había hecho Powell ante el Consejo de Seguridad, éste era un actor secundario en el más amplio movimiento *yihadista*. Siendo un beduino pobre de Zarqa, carecía de la autoridad religiosa necesaria para aglutinar a su alrededor a la población suní de Irak. Necesitaba legitimidad desesperadamente. Y Bin Laden era el único que podía ayudarle.

Al Zarqai ansiaba abrir una brecha entre los suníes y los chiíes. Temía que la insurgencia pudiera convertirse en una fuerza de resistencia nacional en la que ambas sectas harían causa común. Sus temores se confirmaron en la primavera de 2004, cuando la revuelta de Al Sáder suscitó admiración entre los insurgentes suníes. Se pegaron carteles con la efigie del predicador en las paredes de sus barrios. En sus cartas con Bin Laden, Al Zarqai recalcaba sin descanso la necesidad de impedir que ambos grupos se unieran en torno a un auténtico nacionalismo: en ese caso los *yihadistas* serían apartados porque eran extranjeros y la insurgencia se convertiría en una empresa nacional.

Puede resultar difícil creer que un hombre sencillo de Zarqa pudiera realizar un análisis político tan sofisticado del nuevo Irak. Numerosos expertos creen que *yihadistas* con una formación mucho más sólida se han unido a él desde la creación del mito Al Zarqai. O quizá su instinto le sigue guiando. En cualquier caso, el mito construido en torno a su persona se encuentra en la raíz de su transformación en un líder político. Al estar Bin Laden atrapado en la frontera entre Afganistán y Pakistán, el jordano no tardó en convertirse en el nuevo líder simbólico de la lucha contra EE UU y en un imán para cualquiera que estuviera buscando entrar a formar parte de dicha lucha.

El 5 de abril de 2004 escribió a Bin Laden diciéndole que tenía dos opciones: quedarse en Irak y enfrentarse a la oposición a sus métodos por parte de algunos iraquíes, o marcharse y buscar otro país

en el que hacer la *yihad*. Cuatro días después, secuestró y decapitó al ciudadano estadounidense Nicholas Berg. Ésta fue la primera de varias brutales ejecuciones retransmitidas a través de Internet que se produjeron entre abril y noviembre de ese año. Estos actos eran parte de su respuesta a la entrada de los militares estadounidenses en el triángulo suní y, sobre todo, en Faluya. Eran una clara señal a Bin Laden de que había decidido quedarse, con o sin la aprobación del saudí.

En un comunicado transmitido el 27 de diciembre de 2004 por la cadena de televisión Al Yazira, un mes después de la caída de Faluya, Bin Laden finalmente aceptó a Al Zarqawi y accedió a apoyar su lucha en Irak. "El emir *muyahidin*, el noble hermano Abú Musab Al Zarqawi y los grupos que se han unido a él son los mejores [de la comunidad de creyentes](...). Nosotros en Al Qaeda nos congratulamos de que os hayáis unido a nosotros (...) y para que se sepa (...) Al Zarqawi es el emir de la organización Al Qaeda en la tierra del Tigris y el Éufrates, y los hermanos del grupo deben jurarle lealtad y obediencia".

La cruzada antiamericana del millonario saudí y la *yihad* revolucionaria del beduino jordano de clase trabajadora finalmente se habían fusionado. Desde los barrios desfavorecidos de Zarqa hasta la batalla de Faluya, la vida de Al Zarqawi culminaba en su mayor logro: no su incorporación a Al Qaeda, sino el haber dado a la *yihad* iraquí un nuevo significado revolucionario y antiimperialista.

En cierto sentido, las mismas cosas que le hacen parecer una persona de lo más normal -sus orígenes humildes, su juventud malgastada y sus fracasos al principio de su vida adulta- le convierten en un ser de lo más terrorífico. Porque, aunque pueda tener algunas dotes para dirigir a un grupo de hombres, también es probable que haya muchos más *Al Zarqawis* capaces de ocupar su lugar. Su ascensión es un indicio de que el movimiento *yihadista* se está expandiendo y democratizando en la sangre y la violencia de Irak.

Los antiguos líderes de Al Qaeda, en la actualidad atrapados dentro del cinturón tribal entre Pakistán y Afganistán, aparentemente han aceptado y abrazado este cambio: la transformación desde una vanguardia

pequeña y elitista a un movimiento de masas. Lo más probable es que este cambio para Bin Laden y Al Qaeda obedezca más a la necesidad que a un deseo de cambiar de estrategia. En cualquier caso, con seguridad significa que el campo de batalla se expandirá aún más.

¿Algo más?

Una serie de documentales ofrecen alguna de la información biográfica más detallada que hay disponible sobre Al Zarqawi. Al Yazira produjo una miniserie en tres partes titulada **Zarqawi's life, Under the Microscope** (2005). Otros filmes incluyen **Zarkaoui, la Question Terroriste** (2005), producido por Article Z, Firehorse Films y Arte France, y **Abu Musab al Zarqawi: From Herat to Bagdad** (2005), producido por LBC Television en Beirut. También pueden leerse algunos de sus textos en **Al Qaida dans le texte**, presentado por Gilles Kepel (PUF, París, 2005).

Para obtener mayor información sobre el movimiento salafista jordano, léase la serie en tres partes 'The City of Zarqa in Jordan: Breeding Ground of Jordan's Salafi Jihad Movement' (*Al Hayat*, diciembre de 2004). Pueden encontrarse análisis de las batallas ideológicas que tuvieron lugar dentro de Al Qaeda después del 11-S en los extractos de 'The Story of the Arab Afghans from the Time of Arrival in Afganistán until their Departure with the Taliban' (*Al-Sharq al-Awsat*, diciembre de 2004), de Abu Walid.

Abú Musab Al Zarqawi es el hombre más buscado de Irak. ¿Cómo pudo un jordano que no acabó el bachillerato maniatar a EE UU en su conflicto más sangriento desde Vietnam? De los barrios pobres de Jordania hasta la batalla de Faluya, así es cómo ocurrió. [Loretta Napoleoni](#)



La primera vez que el mundo oyó hablar de Abú Musab Al Zarqawi fue el 5 de febrero de 2003. Ese día el secretario de Estado de EE UU, Colin Powell, acudió a Naciones Unidas a explicar las razones para justificar la invasión de Irak. "Este país alberga en la actualidad una red terrorista letal, encabezada por Abú Musab Al Zarqawi, un asociado y colaborador de Osama Bin Laden y sus lugartenientes de Al Qaeda", dijo ante el Consejo de Seguridad. Ahora sabemos que esa información era falsa, pero sirvió para crear uno de los mitos más poderosos y duraderos de la *guerra contra el terrorismo*.



El hecho de que los nombres de Al Zarqawi y Bin Laden se mencionaran en el mismo contexto, y que además lo hiciera un miembro de tan alto rango de la Administración, probablemente sorprendió al jordano más que a nadie. Al fin y al cabo, hay cientos de hombres como él en el mundo árabe, *yihadistas* comprometidos y con cierta inclinación a dirigir a otros. Nada parecía sugerir que se vería catapultado a los primeros puestos de los *rankings* de los terroristas más peligrosos del mundo. Sin formación universitaria y proveniente de una familia

pobre de clase trabajadora, carecía del pedigrí, los contactos y la financiación que distinguían a Bin Laden y otros líderes de Al Qaeda.

Pero, por supuesto, Al Zarqawi ha dejado de ser un mero soldado. Desde Nueva York a Londres, de París a Tokio, se ha convertido en el nuevo rostro del terror islámico. Ha sustituido a Sadam como la encarnación del mal en el mundo árabe. Dirige un cuadro de insurgentes iraquíes que supuestamente han cometido muchos de los bárbaros ataques terroristas perpetrados en el país desde el derrocamiento del dictador. Con una recompensa de 25 millones de dólares (unos 20 millones de euros) por su captura pesando sobre su cabeza, este hombre, que no acabó el bachillerato y que creció en un barrio desfavorecido de Jordania, ha maniatado a EE UU en el conflicto más sangriento desde la guerra de Vietnam.

Pero ¿cómo se convirtió el mito en una realidad? Antes del 11-S la Administración estadounidense jamás había oído el nombre de Al Zarqawi. La primera vez que los funcionarios estadounidenses tuvieron noticia de su existencia fue a finales de 2001, a través del servicio secreto kurdo. Washington apenas sabía nada acerca de este jordano de 35 años, pero tenía mucho que ganar con la creación de un mito en torno a su persona. En aquel momento se acusaba al régimen de Sadam de poseer armas de destrucción masiva y de apoyar a grupos terroristas. Al no tener pruebas sólidas de lo primero, el apoyo del dictador iraquí al terrorismo era la única opción que poseía la Administración Bush para convencer al mundo de que el tirano iraquí tenía que marcharse. Para jugar esa carta, la Casa Blanca necesitaba demostrar la existencia de un vínculo entre Sadam y Al Qaeda. Y su vínculo era Al Zarqawi.

Hoy las palabras de Powell ante el Consejo de Seguridad de la ONU parecen una profecía. Mientras que antaño Al Zarqawi era un joven islamista radical frustrado, la insurgencia que dirige ahora amenaza con sumir a Irak en la guerra civil. Sus victorias en las líneas del frente iraquí condujeron al establecimiento de un vínculo entre Irak y Al Qaeda, pero no el que la Administración Bush había imaginado. El 27 de diciembre de 2004, casi dos años después del discurso de Powell, Bin Laden nombró a Al Zarqawi emir de Al Qaeda en Irak. La trayectoria del jordano

hasta alcanzar esta elevada posición en la poco rígida jerarquía de los terroristas no sólo revela la aceptación que el islamismo radical tiene entre los pobres del mundo árabe, sino también sugiere que la manera en que los terroristas hacen la guerra podría haber cambiado para siempre.

Durante su estancia en prisión, y quizá a causa de ella, comenzó la transición de Al Zarqai de delincuente común a algo más siniestro

EL FORASTERO

Abú Musab Al Zarqai nació Ahmed Fadil Al Jalailé en Zarqa, una ciudad jordana al norte de Ammán, en octubre de 1966, cuyos habitantes la han bautizado como "el Chicago de Oriente Medio" por la pobreza y la delincuencia que reinan en ella. Su familia pertenecía a una rama de los Bani Hassan, una gran tribu de beduinos leales a la familia real hachemí de Jordania. Al Zarqai creció en un barrio pobre donde los valores tradicionales y tribales casaban mal con el consumismo y la rápida modernización de Occidente a finales de los 60. Sus profesores le recuerdan como un alumno rebelde e indisciplinado.

En casa, Al Zarqai era respetuoso y muy querido. "Era la niña de los ojos de mi padre", recuerda una de sus hermanas. Su padre murió en 1984 y, a medida que la familia se hundía aún más en la pobreza, un Ahmed Fadil de 18 años empezó a dar rienda suelta a sus frustraciones. Abandonó el instituto, se unió a una pandilla del barrio, empezó a beber y se convirtió en un matón. Poco después fue arrestado por posesión de drogas y agresión sexual. La sentencia fue condenatoria y le encarcelaron.

En Zarqa, al igual que en todo Oriente Medio, los mundos de la delincuencia común y el islam revolucionario se entrecruzaban en los márgenes de la sociedad, sobre todo en la cárcel. Y fue en cautividad cuando Al Zarqai recibió su primer adoctrinamiento *yihadista*. Cuando fue puesto en libertad, se casó y comenzó a frecuentar la mezquita de Hussein Ben Alí, un hervidero de radicalismo situado en las afueras de su ciudad. Fascinado por las historias de los *muyahidines* (luchadores) que frecuentaban la mezquita, fue fácil que le reclutara un representante de la Oficina Árabe-Afgana, la organización islámica acusada de suministrar combatientes árabes

para participar en la *yihad* antisoviética. Para Al Zarqawi esto representaba subir un peldaño en la escala social. En Oriente Medio nadie quiere a un matón borracho, pero todo el mundo respeta a los *muyahidines*.

Sin embargo, sus esperanzas de unirse a esa hermandad resultaron ser otra amarga decepción. Llegó a Afganistán en la primavera de 1989, demasiado tarde para luchar contra el Ejército soviético, que había comenzado a retirarse hacía un año. Sin contactos ni nadie que respondiera de él, se sintió marginado entre los guerreros árabes. Es más, al lado de los combatientes endurecidos por la batalla, parecía un alma sensible. Como manifestación de su malestar, cambió temporalmente su nombre por el de Al Gharib (expresión árabe que significa "el forastero"). "Era una persona muy sencilla, normal, que buscaba la verdad a su manera", recuerda Hamdi Murad, un antiguo líder espiritual *muyahidin* y en la actualidad catedrático de Estudios Islámicos en la Universidad de Al-Balqa, en Jordania. "Jamás habría pensado que algún día podría convertirse en un dirigente militar".

Poco a poco, el jordano comenzó a tener sus propios contactos. Durante un periodo en el que trabajó como empleado de bajo rango en la Oficina Árabe-Afgana, cruzando la frontera en Peshawar, conoció e intimó con un distinguido pensador salafista radical, conocido como Abú Mohamed Al Maqdisi, un palestino que creció en Kuwait, donde estudió teología.

Se había trasladado a Afganistán en los 80 y, dado que pertenecía a la organización de los *combatientes*, comprendía su compleja política. Los dos hombres trabaron rápidamente una estrecha amistad que se prolongaría durante una década. Formaban una extraña pareja, recuerda un antiguo compañero de lucha. Maqdisi era alto, con el pelo claro y los ojos azules, un hombre que destacaba por su belleza. Al Zarqawi poseía todas las características físicas de su sangre beduina: era de estatura baja y tenía el pelo negro. El palestino le enseñó al jordano el pensamiento fundamentalista. "La ideología salafista es primordialmente un movimiento de ruptura violenta con el entorno", explica Nadine Picaudou, catedrática del Instituto Nacional de Lenguas y Civilizaciones Orientales en París. Y Al Zarqawi -un beduino de clase obrera, *muyahidin* fracasado e inadaptado social- era un hombre enfrentado a su entorno. A finales de 1993, ambos regresaron a Zarqa

y comenzaron a predicar un credo revolucionario contra el régimen jordano. Algunos meses después, en marzo de 1994, fueron arrestados y condenados a 15 años de prisión por crear un grupo *yihadista* clandestino llamado Bayaat al Imam (traducido como "Jura de Lealtad").



Pequeñas victorias y grandes fracasos: marines de EE UU pasan frente a una pintada contra Al Zarkawi en Faluya, en 2005.

EL PRÍNCIPE DE LOS PRISIONEROS

Este segundo periodo de cautividad liberó el potencial interno de Al Zarkawi como no lo había hecho su estancia en Afganistán. En la cárcel, soportó torturas físicas y mentales. Pasó más de ocho meses incomunicado en el calor abrasador del desierto jordano dentro de una celda similar a una caseta de perro.

Su metamorfosis fue tanto física como mental. Los internos que cumplieron sentencia a la vez que él le recuerdan haciendo ejercicio constantemente, levantando cualquier cosa que pudiera utilizar como pesas, incluyendo cubos llenos de piedras. Perdió su delgada figura y adquirió un gran volumen. Este físico acompañaba a una fortaleza mental. "Quería aprenderse el sagrado Corán de memoria", recuerda Faiq al Shawish, un antiguo compañero de celda. "Yo le ayudaba. Me recitaba al menos 10 versículos al día. Era implacable cuando se trataba de la *yihad* y de aprender (...). Tenía paciencia para quedarse despierto toda la noche estudiando un solo asunto".

A diferencia de Al Maqdisi, que era un intelectual sofisticado, Al Zarkawi actuaba por instinto. Durante su estancia en prisión, y quizá a causa de ella, comenzó la transición de delincuente común a algo más siniestro. Puede ser que los demás internos le respetaran

porque sus orígenes también eran modestos. O quizá se debiera a la entereza que mostraba ante sus captores. Al igual que el jefe de una manada de lobos, era agresivo y bordeaba constantemente la confrontación física. "Era duro y difícil de manejar", admite Sami Al Majaali, antiguo jefe de la autoridad penitenciaria de Jordania. "Siempre teníamos mucho cuidado cuando nos aproximábamos a él, sobre todo porque era todo un líder, un príncipe, como le llamaban los internos. Cualquier negociación con los convictos tenía que hacerse a través suyo. Si él cooperaba, los otros le secundaban".

En la primavera de 1999, una amnistía nacional puso fin al encarcelamiento de Al Zarqawi y Al Maqdisi. Según el cuñado del jordano, Salé Al Hami, "cuando salió de la cárcel no estaba contento. De algún modo, la vida en la prisión era mejor que la vida rutinaria, fácil y sin nada que hacer (...). Se moría por marcharse de su país". Meses después, abandonó Jordania rumbo a Pakistán, con la intención de entablar lazos con los *yihadistas* en Chechenia.



[Descargar](#)

[Imagen](#)

[Ampliada](#)

LA CITA DE AL ZARQAWI Y BIN LADEN

Nunca llegó a Chechenia. Tras ser arrestado en Pakistán por tener un visado caducado, cruzó con reticencia hacia Afganistán, donde los talibanes se adentraban en el sexto año de lucha para arrebatarse el control total del país a la Alianza del Norte.

En algún momento en 2000, en la ciudad meridional de Kandahar, Al Zarqawi conoció a Osama Bin Laden. Los dos hombres provenían de extremos opuestos: uno era rico y poderoso, el otro era un inadaptado social pobre.

Sin embargo, compartían un objetivo común: la liberación de los musulmanes. El problema radicaba en lograr un acuerdo sobre la estrategia para conseguirlo. Bin Laden había estado toda su vida en contacto con la élite política de Arabia Saudí y tenía una visión global y antiimperialista de la *yihad*. Se concentraba en "el enemigo lejano", Estados Unidos, que respaldaba a regímenes musulmanes que él consideraba corruptos e ilegítimos. Al Zarqawi, un *yihadista* de clase trabajadora curtido en las cárceles jordanas, era un *fuera de la ley* revolucionario. Su noción de la *yihad* se acercaba mucho más al terrorismo de los 70 y 80, personificado en grupos locales como el Ejército Republicano Irlandés o los Tigres de Liberación de la Tierra Tamil (LTTE) de Sri Lanka.

Ésta es una razón por la que, en contra de la creencia popular, Al Zarqawi no juró lealtad a Bin Laden en aquella reunión, pese a que fue invitado a unirse a la red internacional de Al Qaeda. Su horizonte se limitaba a lo que él veía como regímenes árabes corruptos, sobre todo en su país natal. Algunos expertos encuentran poco plausible que alguien de tan bajo rango y sin respaldo financiero rechazara la oferta del saudí. Pero quienes le conocen dicen que encaja perfectamente con su personalidad. "Nunca acataba las órdenes de otros", dice un antiguo miembro de su campamento en Herat. "Nunca le oí elogiar a nadie aparte del Profeta [Mahoma], ése era el carácter de Abú Musab. Nunca seguía a nadie".

El jordano no era el único que discrepaba de la visión antiamericana de la *yihad* de Bin Laden. Algunos líderes de Al Qaeda compartían sus preocupaciones, incluido Saif Al Adel, el jefe de las operaciones militares de la organización, quien alentó a Al Zarqawi para que estableciera un campo de entrenamiento terrorista independiente. Siguiendo sus consejos, éste se trasladó al noroeste de Afganistán, a Herat, cerca de la frontera iraní. En las colinas creó sus propias instalaciones con la financiación de los talibanes. Quería que en ese campamento se entrenara a hombres para realizar misiones suicidas en Jordania. El campamento se promocionó boca a boca. Muchos oyeron hablar de él en Jordania, conocían a gente que había contactado con Al Zarqawi y se incorporaron. A comienzos de 2002, después de la caída de los talibanes, huyó al Kurdistán iraquí, donde estableció más campos. Estaba anticipándose

a una invasión estadounidense, y en el verano de 2002 dejó a un amigo de la infancia a cargo de los campamentos, viajó en secreto a Bagdad y comenzó a prepararse para la guerra.

**Casi de la noche a la mañana,
Al Zarqawi pasó de ser un desconocido en el mundo del terrorismo internacional a que su huella apareciera en atentados con bomba en todo el mundo**

EL MITO DE AL ZARQAUI

En el otoño de 2001, los servicios secretos kurdos fueron los primeros en dirigir la atención de los americanos hacia Al Zarqawi. Las autoridades estadounidenses no reconocían su nombre, pero se pusieron en contacto inmediatamente con las autoridades jordanas para hacer más averiguaciones.

Su lista de delitos se multiplicó de golpe. En noviembre de 2001, investigaciones conjuntas de Estados Unidos y Jordania le acusaron de ser parte del complot frustrado en este último país durante las celebraciones del milenio en 2000. En febrero de 2002 fue condenado por ello *in absentia* a 15 años de prisión. También se le acusó de tener responsabilidad en los asesinatos de Yitzhak Snir, un ciudadano israelí, en 2001, y del diplomático estadounidense Laurence Foley, tiroteado en Ammán en 2002. Al no presentarse pruebas contundentes de estas acusaciones, muchos periodistas y observadores de Oriente Medio creyeron que al jordano le estaban tendiendo una trampa para incriminarle como un nuevo líder del terrorismo internacional: todo el mundo tenía mucho que ganar con el mito de Al Zarqawi. Los kurdos podían utilizarle para convencer a Washington de que bombardeara los campamentos *yihadistas* en el norte de Irak. Ammán podían utilizarle para *resolver* una serie de ataques terroristas llevados a cabo por militantes locales. Y los estadounidenses, que pretendían justificar un ataque a Irak, podían utilizar la sombría figura de Al Zarqawi para vincular al régimen de Sadam con la amenaza que representaba Al Qaeda.

El discurso de Powell en febrero de 2003 ante el Consejo de Seguridad puso por primera vez su nombre en el candelero. Prácticamente de la noche a la mañana, el militante jordano pasó de ser un desconocido

en el mundo del terrorismo internacional a que su huella apareciera en atentados con bomba en todo el mundo. Se le vinculó a todos los grandes ataques terroristas posteriores al 11-S, incluida la planificación del establecimiento de células de Al Qaeda en España, Alemania y Turquía.

Se le ha acusado de participar en los de Casablanca, Madrid, Ammán y otros similares.

Al margen de si participó en cualquiera de estos crímenes, una cosa es cierta: se estaba preparando para la batalla. "Es ingenuo pensar que mientras EE UU iniciaba sus preparativos para la guerra contra Irak, alguien como *Al Zarqawi* no estaba haciendo lo mismo para hacerles frente", señala el miembro de su campamento en Herat. "Había estado planeando esto desde hacía mucho tiempo". La planificación parece ser una de las mejores aptitudes de Al Zarqawi. Se abstuvo de llevar a cabo ataques en Irak hasta finales del verano de 2003, meses después de que hubiera comenzado la insurgencia chií. Según personas cercanas a Al Zarqawi, éste no quería involucrarse ni tampoco quería matar a estadounidenses durante la guerra. No podía competir con los aviones de combate, misiles y armas de alta tecnología de Washington. De modo que esperó hasta que comenzó la ocupación y hasta que su red de apoyo entre la resistencia suní estuvo perfectamente establecida.

Su espera tocó a su fin con dos ataques en agosto de 2003: un camión que explotó en las oficinas de la ONU en Bagdad, y, días después, el padre de la segunda esposa del terrorista estampó un coche cargado de explosivos contra la mezquita del imam Alí. Al principio, los analistas occidentales no lograban establecer la conexión entre ambos ataques. Se creía que el conflicto en Irak era una lucha entre las fuerzas estadounidenses y sus aliados por una parte, y las milicias chiíes del clérigo Múqtada al Sáder y los leales a Sadam por otra. Pero los *yihadistas* comprendieron muy bien el simbolismo de los ataques. Para el jordano, el conflicto de Irak tenía dos frentes: uno era contra las fuerzas de la coalición, y el otro era contra los chiíes. Finalmente había logrado captar la definición de Bin Laden del enemigo lejano, EE UU. Su presencia en Irak como una potencia de ocupación le dejó claro que Washington era un objetivo tan importante como los regímenes árabes que había llegado a odiar.



La batalla por los corazones y la razón: carteles contra Al Zarqawi en las calles de Bagdad (2005).

LA 'BENDICIÓN' DE BIN LADEN

Entre agosto de 2003 y diciembre de 2004, Bin Laden y Al Zarqawi se escribieron con frecuencia. El intercambio de correspondencia se centró en los fundamentos de la *yihad*, según las cartas cuyo contenido se ha conocido en los últimos meses. Al Zarqawi estaba intentando obtener la bendición del líder de Al Qaeda para sus acciones en Irak. ¿Por qué, si antes había desdeñado la red, tenía ahora tanto interés en conseguir la aprobación de su líder? Al contrario que el retrato del jordano que había hecho Powell ante el Consejo de Seguridad, éste era un actor secundario en el más amplio movimiento *yihadista*. Siendo un beduino pobre de Zarqa, carecía de la autoridad religiosa necesaria para aglutinar a su alrededor a la población suní de Irak. Necesitaba legitimidad desesperadamente. Y Bin Laden era el único que podía ayudarle.

Al Zarqawi ansiaba abrir una brecha entre los suníes y los chiíes. Temía que la insurgencia pudiera convertirse en una fuerza de resistencia nacional en la que ambas sectas harían causa común. Sus temores se confirmaron en la primavera de 2004, cuando la revuelta de Al Sâder suscitó admiración entre los insurgentes suníes. Se pegaron carteles con la efigie del predicador en las paredes de sus barrios. En sus

cartas con Bin Laden, Al Zarqawi recalca sin descanso la necesidad de impedir que ambos grupos se unieran en torno a un auténtico nacionalismo: en ese caso los *yihadistas* serían apartados porque eran extranjeros y la insurgencia se convertiría en una empresa nacional.

Puede resultar difícil creer que un hombre sencillo de Zarqa pudiera realizar un análisis político tan sofisticado del nuevo Irak.

Numerosos expertos creen que *yihadistas* con una formación mucho más

sólida se han unido a él desde la creación del mito Al Zarqawi. O quizá su instinto le sigue guiando. En cualquier caso, el mito construido en torno a su persona se encuentra en la raíz de su transformación en un líder político. Al estar Bin Laden atrapado en la frontera entre Afganistán y Pakistán, el jordano no tardó en convertirse en el nuevo líder simbólico de la lucha contra EE UU y en un imán para cualquiera que estuviera buscando entrar a formar parte de dicha lucha.

El 5 de abril de 2004 escribió a Bin Laden diciéndole que tenía dos opciones: quedarse en Irak y enfrentarse a la oposición a sus métodos por parte de algunos iraquíes, o marcharse y buscar otro país en el que hacer la *yihad*. Cuatro días después, secuestró y decapitó al ciudadano estadounidense Nicholas Berg. Ésta fue la primera de varias brutales ejecuciones retransmitidas a través de Internet que se produjeron entre abril y noviembre de ese año. Estos actos eran parte de su respuesta a la entrada de los militares estadounidenses en el triángulo suní y, sobre todo, en Faluya. Eran una clara señal a Bin Laden de que había decidido quedarse, con o sin la aprobación del saudí.

En un comunicado transmitido el 27 de diciembre de 2004 por la cadena de televisión Al Yazira, un mes después de la caída de Faluya, Bin Laden finalmente aceptó a Al Zarqawi y accedió a apoyar su lucha en Irak. "El emir *muyahidin*, el noble hermano Abú Musab Al Zarqawi y los grupos que se han unido a él son los mejores [de la comunidad de creyentes](...). Nosotros en Al Qaeda nos congratulamos de que os hayáis unido a nosotros (...) y para que se sepa (...) Al Zarqawi es el emir de la organización Al Qaeda en la tierra del Tigris y el Éufrates, y los hermanos del grupo

deben jurarle lealtad y obediencia".

La cruzada antiamericana del millonario saudí y la *yihad* revolucionaria del beduino jordano de clase trabajadora finalmente se habían fusionado. Desde los barrios desfavorecidos de Zarqa hasta la batalla de Faluya, la vida de Al Zarqawi culminaba en su mayor logro: no su incorporación a Al Qaeda, sino el haber dado a la *yihad* iraquí un nuevo significado revolucionario y antiimperialista.

En cierto sentido, las mismas cosas que le hacen parecer una persona de lo más normal -sus orígenes humildes, su juventud malgastada y sus fracasos al principio de su vida adulta- le convierten en un ser de lo más terrorífico. Porque, aunque pueda tener algunas dotes para dirigir a un grupo de hombres, también es probable que haya muchos más *Al Zarqawis* capaces de ocupar su lugar. Su ascensión es un indicio de que el movimiento *yihadista* se está expandiendo y democratizando en la sangre y la violencia de Irak.

Los antiguos líderes de Al Qaeda, en la actualidad atrapados dentro del cinturón tribal entre Pakistán y Afganistán, aparentemente han aceptado y abrazado este cambio: la transformación desde una vanguardia pequeña y elitista a un movimiento de masas. Lo más probable es que este cambio para Bin Laden y Al Qaeda obedezca más a la necesidad que a un deseo de cambiar de estrategia. En cualquier caso, con seguridad significa que el campo de batalla se expandirá aún más.

[¿Algo más?]

Una serie de documentales ofrecen alguna de la información biográfica más detallada que hay disponible sobre Al Zarqawi. Al Yazira produjo una miniserie en tres partes titulada **Zarqawi's life, Under the Microscope** (2005). Otros filmes incluyen **Zarkaoui, la Question Terroriste** (2005), producido por Article Z, Firehorse Films y Arte France, y **Abu Musab al Zarqawi: From Herat to Bagdad** (2005), producido por LBC Television en Beirut. También pueden leerse algunos de sus textos en **Al Qaida dans le texte**, presentado por Gilles Kepel (PUF, París, 2005).

Para obtener mayor información sobre el movimiento salafista jordano, léase la serie en tres partes 'The City of Zarqa in Jordan: Breeding Ground of Jordan's Salafi Jihad Movement' (*Al Hayat*, diciembre de 2004). Pueden encontrarse análisis de las batallas ideológicas que tuvieron lugar dentro de Al Qaeda después del 11-S en los extractos de 'The Story of the Arab Afghans from the Time of Arrival in Afganistán until their Departure with the Taliban' (*Al-Sharq al-Awsat*, diciembre de 2004), de Abu Walid.

Loretta Napoleoni, economista experta en terrorismo, es autora de *Insurgent Iraq: Al-Zarqawi and the New Generation*, del que se ha extraído este artículo; *Terror Incorporated: Tracing the Dollars Behind the Terror Networks* (ambos, Seven Stories Press, Nueva York, 2005); y *Yihad: cómo se financia el terrorismo en la nueva economía* (Urano, Barcelona, 2004).

Fecha de creación

5 septiembre, 2007